

## II. TEOLOGÍA BÍBLICA DE LA DOCTRINA DE LA SEPARACIÓN BÍBLICA.

### B. LA SEPARACIÓN BÍBLICA EN EL LIBRO DE ÉXODO.

#### 9. Separación Bíblica y los Diez Mandamientos. Éxodo 20:1-17.

#### 10. No codiciarás (Ex. 20:17;).

“No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”. Este mandamiento ataca a la raíz, el inicio de todo pecado: el deseo desordenado de poseer, para nuestra propia satisfacción, lo que no es nuestro o lo que Dios ha prohibido. El décimo mandamiento muestra la singularidad de la ley de Dios, ya que va más allá de los hechos y llega hasta los pensamientos. Es un recordatorio que Dios mira el corazón mientras que el hombre mira la apariencia (1 Sam. 16:7; 1 Re. 8:39; 1 Cr. 28:9; He. 4:13). El pecado, usualmente, comienza con un mal pensamiento que cuando se alberga por mucho tiempo engendrará una mala acción (Sant. 1:13-15).

Este mandamiento enseña que es pecado codiciar cualquier cosa que Dios nunca quiso que tuviéramos. Se centra en la necesidad de controlar los deseos. Las personas codiciosas quebrantarán todos los mandamientos de Dios a fin de satisfacer sus deseos porque, en el fondo, el pecado sale del corazón (Mt. 15:19). Codiciar es alimentar los deseos internos de todo aquello que Dios dice que es pecaminoso.

Este mandamiento es una prohibición severa en contra de todo deseo incorrecto. Prohíbe el deseo malo y contrario a la ley de Dios. Busca prevenir no sólo del pecado, sino del deseo al pecado. Es bueno saber que la ley no sólo trata con las acciones del hombre, sino con sus pensamientos y sentimientos que son la fuente de tales acciones. La verdadera piedad siempre incluirá llevar “cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Co. 10:5b).

La codicia es la acción resultante de la avaricia (deseos internos desordenados). El señor Jesucristo fue muy tajante en cuanto a la codicia. Él dijo: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lc. 12:15). Cristo nos advierte a estar muy atentos de guardar nuestro corazón de este pecado, y la razón es que la vida del alma no está en las riquezas ni en saciar el placer incorrecto de nuestro corazón (Ec. 4:8). Cristo nos ilustra esto con la historia de un hombre que entregó su vida a acumular riquezas, pero no preparó su alma para encontrarse con Dios (Lc. 12:16-21).

En 1 Tesalonicenses Pablo dice que sus intenciones al ministrar a los tesalonicenses nunca fueron motivadas por la avaricia (2:5). ¡Cuán fácilmente se puede hacer algo, pedir algo, y aun prestar algo, encubriendo avaricia! Pero Dios es testigo y conoce cada corazón.

El pecado de la codicia provocó la Caída de la raza humana. Eva codició la sabiduría de los dioses y vio el árbol prohibido como bueno para comer, agradable a los ojos y codiciable para alcanzar sabiduría y entonces tomó y comió, y dio también a su marido (Gn. 3:5, 6).

La conducta externa puede ser regulada, pero los pensamientos y los intentos del corazón están más allá del alcance de la ley humana. Pero Dios puede ver lo que está detrás de nuestras acciones externas. Ningún ojo humano puede ver el corazón codicioso; sólo puede ser reconocido por aquel que lo posee y por Aquel delante de quien todas las cosas están desnudas y abiertas (He. 4:13).

A los ojos de Dios es tan malo tener ojos codiciosos como lo es tener manos hurtadoras, ya que el deseo de algo, inevitablemente, llevará a hacerlo. Los deseos se consideran “acciones concebidas”, es decir, acciones que están a punto de nacer. El deseo en el corazón es el primer paso de una serie de eventos que culminan en una acción. Si tratamos con el deseo malo será más fácil evitar la mala acción. La prevención es mejor que la cura.

El avaro es nombrado entre los ladrones y los borrachos, y la consecuencia de uno es la misma que la de los otros (1 Co. 6:9, 10). Se encarcela al ladrón y se considera la borrachera como un gran pecado contra la ley de Dios, pero la Biblia condena a la par al avaro. La avaricia y el hurto son como gemelos idénticos – siempre los encontramos juntos. El avaro es un ladrón en potencia. Cuando el avaro ve algo que le agrada o lo desea, a la primera oportunidad que tenga manifestará su carácter interno de ladrón. La palabra avaricia en el griego indica “el deseo desordenado de obtener algo”.

Dios define al avaro como idólatra, ya que se adora a sí mismo y a las riquezas por encima de Dios (Ef. 5:5). Asimismo Dios aborrece al codicioso (Sal. 10:3 – *“Por cuanto se alaba el malo del deseo de su alma, Y bendice al codicioso ó quien Jehová aborrece”* Versión Antigua).

El avaro nunca estará satisfecho con sus posesiones y nunca las disfrutará (Ecl. 5:10-13). La Biblia nos dice *“que los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición”* (1 Ti. 6:9). Las riquezas nunca satisfacen, más el afán de las mismas produce lazo.

Lot codició las llanuras del Jordán, y ¿qué obtuvo al final? Tuvo que salir huyendo de Sodoma por su vida y toda su inversión de veinte años fue vana. ¿Qué obtuvo Judas de las treinta piezas de plata? ¿No se convirtieron en un lazo a su alma? Pensemos en Balaam. Este profeta dejó a un lado la voluntad de Dios por la codicia de lo material y los que lo imitan se lanzan por lucro en su error, en su camino de avaricia con tal de obtener el premio de la maldad (2 Pe. 2:15; Jud. 1:11). Y qué de Giezi, el cual por la avaricia mintió y obtuvo de Naamán no sólo lo material, sino también su lepra. La codicia le llevó a traicionar la confianza y la amistad de Eliseo, el varón de Dios (2 Re. 5:20-27). El hombre está dispuesto a vender la paz y la verdadera felicidad por unos pesos.

¿No fue la codicia lo que llevó a David a cometer pecados vergonzosos delante de Dios y traer así juicio sobre su vida y la de los suyos? Este pecado lo llevó a adulterar y a matar. ¡Qué poder tiene la codicia!

Asimismo Acán fue llevado a tomar del anatema incitado por la codicia (Jos. 7:20-21). Él vio, codició, tomó y escondió. Fue el ojo codicioso lo que llevó a Acán a cometer esta acción que trajo tristeza y derrota al pueblo de Dios. Sabemos del trato severo de Dios para con Acán debido a este pecado. De igual forma trató severamente con Adán y Eva debido a la codicia, así como con Ananías y Safira (Hch. 5).

1 Timoteo 6:10 dice: *“porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”*. El décimo mandamiento ha sido llamado el “extractor de raíz”, ya que trata directamente con la raíz de todos los males.

El afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la Palabra, y se hace infructuosa (Mt. 13:22). Muchos hombres están tan envueltos en sus negocios por lo que no tienen tiempo para Dios. Pierden visión de la necesidad de su alma y su bienestar eterno en su deseo de acumular riquezas. La avaricia por las riquezas lleva a los hombres a cometer violencia y asesinato, y los despoja de los afectos naturales.

La codicia tiene un efecto psicológico degradante sobre el individuo que la posee. Automáticamente niega todo logro o éxito que el individuo pueda obtener por sí mismo. Reduce su interés y aprecio hacia lo que posee, como su hogar, su familia y sus propias posesiones, poniendo su interés en lo de los demás. Lleva a la persona a perder el respeto hacia las posesiones de otros guiándole al robo y al adulterio. A menudo la codicia lleva a la frustración mental, ya que aquel que desarrolla un intenso deseo por obtener lo que pertenece a alguien más se da cuenta que es incapaz de obtenerlo.

Si pusiéramos la mira en las cosas de arriba y no en las de la tierra, no seríamos tentados a codiciar lo terrenal (Col. 3:1).

La codicia nos lleva a transgredir los mandamientos desde el primero al noveno: (1) Pone a las riquezas por encima de Dios; (2) La avaricia es idolatría; (3) Lleva a tomar en vano el nombre de Dios como lo hizo Giezi delante de Eliseo; (4) Se profana el día de reposo para ocuparnos en lo secular y procurar bienes; (5) Se deshonoran los principios del hogar y el consejo de los padres, y aun el respeto a la autoridad civil en aras de saciar los propios deseos; (6) Muchos han matado por avaricia; (7) El adulterio es el resultado de la codicia del corazón; (8) la avaricia y el hurto son almas gemelas; (9) Con tal de obtener lo que se desea, se habla mal testimonio contra el prójimo.

Para poder tener victoria sobre la codicia necesitamos la obra de santificación en nuestros corazones (Col. 3:5). Asimismo debemos estar contentos con lo que tenemos y que nuestra conducta sea sin avaricia, ya que en cualquier necesidad Dios promete sustentarnos (He. 13:5, 6). Codiciar es querer para nosotros aquello de lo que Dios nos ha limitado; es darle rienda suelta a nuestro deseo y voluntad, mostrando así nuestro descontento con la voluntad de Dios para nuestras vidas.

**Tarea: Memorizar He. 13:5-6.**